

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscripción.—En la Península: Un mes, 1.30 pias.—Tres meses, 4.50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.—Número suelto, 0.05 cts.—La subscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.

Condición.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. John F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.

Redacción y Administración, Mayor, 2A

La correspondencia al Administrador

Vendedores callejeros jóvenes

Traducimos del «Daily Graphic», de Londres, del día 11, este interesante artículo, sobre el cual llamamos la atención a las autoridades: «La Comisión departamental nombrada para considerar cómo ha operado las provisiones de la ley de 1903, que se regula el trabajo de niños, ha presentado una serie de proposiciones para enmendar y dar más fuerza á los fines buscados por dicha ley, y los cuales son de carácter muy elástico.

La comisión recomienda que las ventas en las calles por muchachos ó muchachas de menor edad, en el caso de los primeros de diecisiete años y en el de las segundas de dieciocho, debe ser absolutamente prohibido. Para justificar sus proposiciones la Comisión dice que es profundamente convencida por los males que resultan de las ventas callejeras como son en la actualidad llevadas á efecto por los niños y jóvenes. Nada menos que 16.000 muchachos y muchachas menores de dieciséis años se ocupan en la venta de periódicos en Inglaterra y en Gales, y oficialmente hay más de 37.000 niños registrados como vendedores en las calles. Estos niños no aprenden oficio alguno que en su vida posterior les permitirá ganar su subsistencia con decencia.

En general, el dinero que ganan no es entregado á sus padres, sino gastado en el juego, cinematógrafo y otros lugares de diversión de carácter dudoso, en golosinas y cigarrillos.

Que los padres tendrían tan poco dominio sobre sus propios hijos como de permitirles tales ocupaciones, demuestra que aparte de cualquiera otra cosa que la educación gratuita haya podido hacer, no ha habido un aumento en el sentido de la responsabilidad que los padres deben sentir.

Probablemente si fuese obligación de los padres de pagar una suma tan ínfima como es un penique (12 1/2 céntimos) semanalmente hacia los gastos de enseñanza en las escuelas, la parte mayor de dichos padres hubieran realizado, que era deber de tener miramien-

tos y tomar cuidado que sus hijos no entrasen en ocupaciones tan inconvenientes para su moral y bienestar.

Sin embargo, aceptando los hechos consumados como ahora existen, la Comisión departamental probablemente tiene razón que mayores restricciones son necesarias; pero es algo dudoso si el Parlamento tendrá la buena voluntad de subir á las edades indicadas por la Comisión como las á que los pobres jóvenes puedan empezar sus carreras de «vendedores callejeros».

Notas Alegres

Actualidades

Nuestras antiguas costumbres van desapareciendo por completo, como dicen algunos filósofos que de la antigua española va desapareciendo el gubajo rojo por que no pueda resistir las adversidades y bonitas que sobre él gravitan.

Antiguamente en la mañana del día de la Virgen del Carmen daba encanto ver á las chicas, sin esos espantosos sombreros que ahora se estilan, pasear por la puerta de Murcia y calle del Carmen con palmas de jazmines y grandes matas de albahaca, y también era de ver la serie de vendedores de flores que se situaban en las dichas calles.

Era la mañana de hoy en otros tiempos una hermosa alborada, en que la juventud gozaba.

Ya aquella verbena matinal ha desaparecido por completo y hoy ni se ven aquellos olorosos puestos de flores ni aquellas lindas muchachas con la albahaca y los jazmines.

La cuestión política local anda en estos momentos más revuelta que las aguas del mar cuando reina fuerte temporal de «leche».

Dicen unos que hay mar de fondo y pronto aparecerá en la superficie olas pedradas de grandes sorpresas. Como la política es para un servidor de ustedes una cosa que le tiene sumamente sin cuidado, no se preocupa el cronista de ella y lo que fuese sonará.

Mañana quedará en el teatro público los baños de San Sebastián y se gurren que han de verse bastante concurridos porque el calor va haciendo en grado superlativo y no hay

más remedio que zambullirse en líquido elemento.

A bañarse el que pueda, que ha llegado la época de los chapuzones.

OTEMA.

EL BGO DE CARTAGENA se vende en Madrid en el kiosko de la calle de Alcalá, frente á la Presidencia del Consejo de Ministros.

En honor de la Patrona

Con motivo de celebrar hoy el Real cuerpo de Marina, la festividad de su patrona la Virgen del Carmén, se ha celebrado en la iglesia parroquial castreña de Santo Domingo, la solemnidad religiosa que áyer celebráramos.

El templo presentaba un hermosísimo aspecto, pues aparecía decorado con un verdadero lujo, y la imagen de la patrona aparecía orlada con infinidad de tocós eléctricos.

El elocuente orador sagrado D. Diego Vicente Vicente pronunció una inspiradísima oración haciendo el panegirico de la excelente patrona de la Marina y recordando hechos gloriosos de tan distinguido cuerpo.

La orquesta dirigida por D. Gamaliel Lizana acompañó la misa oficiada por el Teniente Vicario de este Apostadero Sr. Villanueva, cantando la «Misa de la Señora del Sarcófago», el tenor murciano Sr. Jover y el bajo de capilla Sr. Sánchez.

A tan solemne acto han asistido el comandante General de este apostadero Sr. Eulate, el Gobernador militar interino general Ballesteros, los generales de la Armada D. Tomás Carlos Roca y D. Manuel Estrada, numerosas comisiones de jefes y oficinas de ejército y armada, y secciones de infantería de marina y marinería.

La dimisión del Alcalde

Ayer fué un día de emociones fuertes para los aficionados á los asuntos municipales.

Desde primera hora circuló la noticia de que el Alcalde Sr. Arróniz se había retirado la noche anterior con propósito de no volver por algún tiempo á la Alcaldía.

Después se dijo que los Tenientes de Alcalde se hablaban todos entermos y por lo tanto que ninguno de ellos se encargaba del despacho.

Todo ello se confirmó después y

se supo que el Secretario en vista de no encontrar Alcalde había telegrafiado al Gobernador dando cuenta del conflicto.

Anoche ya se aclaró todo. A última hora de la tarde el Alcalde D. Valentín Arróniz, entregaba al Secretario para que éste la cursara la instancia al Ministro de la Gobernación presentando la dimisión de su cargo fundado, según creemos, en motivos de salud.

Inmediatamente se hizo cargo de la Alcaldía el primer teniente de alcalde D. Manuel Más, significado canalajista.

Ahora, algo tranquilos los ánimos se espera el nombramiento de nuevo Alcalde con la natural ansiedad.

Los candidatos que parece se disputan el triunfo son el actual Alcalde interino Sr. Más y el concejal D. Alfonso A. Carrión.

Habiendo cometido varios engaños Cristóbal Ferri Fernández, tomando el nombre de la Compañía «El Día», advertimos al público que este individuo es completamente ajeno á dicha Compañía, debiendo desconfiar de los manejos de que se vale para sorprender la buena fe de los asegurados.

Por la Compañía «EL DÍA»

El Director Gerente,

Luis de Aguirre.

Necrología

En la mañana de hoy se ha verificado el entierro del cadáver de la señora D.ª Candelaria Rius Colón, viuda de Doggio.

Al acto del sepelio ha asistido un numeroso y distinguido acompañamiento.

Reciba la afligida familia de la finada nuestro más sentido pésame.

Las fiestas del Carmen

Poco menos que imposible era poder pasar anoche por la puerta de Murcia y calle del Carmen por un numeroso público invadía casi por completo estas dos amplias calles esperando ver la quema de los tocós artificiales que habían sido colocados en dichas calles.

Los fuegos combinados por el piro-técnico de esta ciudad don José Zambrana resultaron muy bonitos y variados y la iluminación que lucía la fachada de la iglesia como de costumbre, muy bonita.

Esta mañana á los doce se ha repartido entre los pobres una abundante limosna en especie, y esta noche habrá verbena que será amenizada por la banda de música de la Cruz Roja.

Cuento del sábado

Felicidad conyugal

Cuando se casaron, todo les sonría. Ella era amante, alegre, algo chiquilla. El un poco inquieto, tenía el aire vacilante y dulce del hijo que ha estado después de ser hombre, bajo la tutela de su madre.

Siendo ricos, nada les preocupaba. Su casa parecía un nido, pero un nido cómodo, elegante, artístico.

Entreténase en hacer comidas fantásticas, que hacían reír á los criados. La vida se les ofrecía tierna, y no querían entenderla con cuidado alguno. Su juventud no necesitaba de aguas minerales. Y muchas veces iban al campo y almorzaban al sol, sentados en bancos rústicos, sobre mesas de pies fijos en la tierra, bajo verdes emparrados.

Esa vida duró dos primaveras. Luego comenzaron á frecuentar la sociedad, recibieron en su casa á los amigos íntimos y fueron á los teatros.

Una noche pensaron que comían mal, porque la cocinera no sabía su oficio, y la reemplazaron por otra, cuyos certificados atestiguan una larga experiencia.

Y desde entonces comieron seriamente el marido frente de la mujer, en una gran mesa, toda cubierta de vajilla resplandeciente. ¡Qué diferencia entre aquellas comidas y las que hacían recién casados, cuando la mesa era demasiado grande, y á los platos ya no se acordaban de los nombres de los platos que les habían servido!

El tenía una gran ocupación. Imagínese el menú.

—Si la señorita quisiera decirme lo que desea para hoy?

—Bien, voy á pensarlo. Ya la llamaba. Y se sentaba ante su linda escriba-

nja Luis XV, mordiéndose el extremo de su lápiz de oro, los ojos vagando en misteriosas lejanías.

—¡Ah, una idea! Corría entonces, ligero, el lápiz sobre el papel; pero el menú no se improvisa como una carta á la familia.

Tachaba, variaba el orden de los platos, cuidaba de que éstos no se repitiesen en demasía.

De vez en cuando intentaba un plato, y cuando su marido lo probaba, seguía sus movimientos con ansiedad infinita.

—¡Habla, hombre! ¿No te gusta?

—Sí... Es excelente... Delicioso...

Ella respiraba largamente, y luego probaba su invento juzgándolo con severidad, pues era de estrecha conciencia.

Y siempre concluía por decir:

—Tiene razón. Me ha sabido bien.

Un día su esposo quejose á las postres de sentir ardores en el estómago.

—¿Es muchas demasiado, querido mío.

Y aquella tarde preparó una comida especial, ligera y nutritiva.

Al día siguiente estaba peor, y la dolencia aumentó, llegando á hacerse intolerable.

El infeliz esposo, enfiquecía. Su tez se tornaba amarillenta, su mirada apagábase, y se quejaba continuamente de sentir un gran peso en el estómago.

El médico diagnosticó que tenía pirosis, y ordenó se sometiese á régimen severísimo.

Ella entonces gritó desolada:

—¿Un régimen severo? ¿Solo leche?

Y entonces, ¿yo que hago?

—Pues coma usted. ¡Si usted no está enferma.

—¿Comer y él no? ¡Imposible!

Perderé el apetito.

Pasaron los días. Ella quería que su esposo quebrantase el régimen.

—Verás... Te haré platillos ligeros y delicados...

—No... no me hables de comer...

Sufro mucho.

Al cabo de tres meses pudo empezar á comer algo.

Pero entonces ella se puso enferma.

—¡Ah!—decía ante la mesa servida.—¡Tengo una bola en el estómago!

¡Me has comunicado tu enfermedad!

Entonces comía el marido solo. Ella bebía leche, suspirando, mientras él decía, oyéndola quejarse:

da. Eran siete ú ocho, cuatro de ellos á caballo, y que llevaban al hombro palas y azadones.

—Esos le ahorrarán á usted el trabajo—dijo Sarto.—Vámonos.

Tenía razón. Los que llegaban eran, sin duda, servidores de Miguel, enviados sin duda, para hacer desaparecer las huellas de su crimen. Ya no vacilé, pero se apoderó de mi un deseo irresistible de castigarlos, y saludando el cadáver de José, dije á Sarto:

—¡Venguémoslo, coronel!

—¿Desea usted proporcionarle compañía, eh? Pero no deje de ser arriesgado.

—No me voy sin darle una lección—instó.

Sarto vaciló.

—Pues bien—dijo—no es lo más acertado, pero se ha conducido usted bien y hay que complacerle. Después de todo, si caemos nos habremos ahorrado una porción de disgustos y cavilaciones. Yo le diré á usted como sorprenderlos.

Cerró cuidadosamente la puerta, que tenían apenas entreabierta, y pasando por el interior de la casa llegamos á la puertecilla de atrás, junto á la cual estaban los caballos. En torno del pabellón había un camino destinado á los coches.

—¿Tiene usted á mano el revólver?—preguntó Sarto.

dinario, excepto cuando las cerraban el capricho ó las intrigas del duque. Estábamos en la capital siguiendo el mismo camino que habíamos recorrido la noche anterior, pero sentidos de cansancio tanto jinetes como caballos. Las calles estaban aún más desiertas que la víspera, como si los moradores buscasen en el sueño el necesario descanso tras las fiestas y prolongados regocijos de la noche precedente, y apenas hallamos alma viviente á nuestro paso. Junto á la puertecilla del palacio nos esperaba el fiel servidor de Sarto.

—No ha habido novedad, señor—preguntó.

—Todo va bien—dijo Sarto, á tiempo que su criado tomaba mi mano para besarla.

—[El rey está herido!—exclamó.

—No es nada—dije desmontando.—Me lastimé el dedo al cerrar una puerta.

—Y, sobre todo, silencio—dijo Sarto;—aunque á ti, mi buen Freiler, es casi inútil recomendártelo.

El interpelado se encogió de hombros.

—A todos los jóvenes les gusta hacer una salida de noche de cuando en cuando—dijo.—¿Por qué no ha de gustarle también al rey?

La risa de Sarto pareció confirmar aquella interpretación de mi breve ausencia.

—Mi sistema—dijo cuando hubimos entrado—es no confiar en nadie más allá de donde sea necesario confiar.

grito, porque una bala me había alcanzado un dedo. Sarto se volvió hacia mí y sonó otro disparo, pero como sólo tenían revólvers, pronto nos pusimos fuera de tiro. Entonces Sarto se echó á reír.

—Uno yo y dos usted—dijo.—No lo hemos hecho mal, y el pobre José tendrá compañía.

—Sí, partida completa—repuse.—Estaba furioso y me alegraba de haber despachado á dos de aquellos truhanes.

—Y con eso les ha caído también algún trabajo á los restantes—prosiguió el coronel.—¿Cree usted que lo han reconocido?

—Al recibir la estocada el segundo le oí exclamar: «¡el rey!»

—¡Bravo! No vamos á darle poco que hacer á Miguel el Negro.

Non deluvimos un instante para vendar mi dedo, que sangraba abundantemente y me dolía no poco, pues la bala había interesado algo el hueso. Después galopamos de nuevo en silencio, disipada la excitación de la lucha. Despuntó el día, frío y despejado, y un labrador nos proporcionó algún alimento y pienso para los caballos. Pretexté un dolor de muelas y me cubrí la cara casi por completo. Tras larga carrera llegamos por fin á Estrelsau, entre ocho y nueve de la mañana. Todas las puertas de la ciudad estaban abiertas como de or-